



César Muñoz Gutiérrez, es profesor de francés y narrador oral, creador del personaje narrador: El Mago del Árbol y el Príncipe Faruk. Integra la cía. de cuentacuentos *Erase que se era* y *Lo que el cuento te dejo*. Gestor cultural y Embajador de la Francophonía de las Américas.

Se capacita en diversos talleres y cursos de cuentacuentos en Chile y posteriormente, en la búsqueda de especialización, viaja a Francia para estudiar en el Conservatorio de la Literatura Oral, en el Centro de las Artes del Relato y la Palabra y en el Centro Mediterráneo de la Literatura Oral. Ha participado en diversos encuentros y festivales de Chile, Argentina, Colombia, Francia y Canadá.

Fundador y presidente del Círculo de Narradores Orales de Chile - CINOCH y gestor del proyecto *El Despertar de la Narración Oral en Chile*, iniciativa circulación artística y registro audiovisual.

Correo electrónico: elmagodelarbol@gmail.com

Del árbol de los cuentos y la narración oral en Chile.

Resumen

“Del árbol de los cuentos y la narración oral en Chile”, es una reflexión basada en la imagen del árbol, para representar la práctica de una tradición y la manifestación artística, denominada narración oral. Bajo la mirada tripartita del árbol: raíz, tronco y ramas, esta reflexión expone fundamentos sobre la tradición oral de contar historias, sus referentes culturales y los elementos que la identifican.

Abstract

From the tree of stories and storytelling in Chile, it is a reflection based on the image of the tree, to represent the practice of a tradition and artistic expression, called storytelling. Under the tripartite look of the tree : root, trunk and branches, this reflection exposes fundamentals about the oral tradition of telling stories, their cultural references and the elements that differentiate it. This text projects a personal vision of how to observe and treat the practice of storytelling in Chile.

El anciano de barba plateada, se sentó bajo un roble y comenzó a contar un cuento, a los nudos del tronco, a las raíces asomadas y al viento pasajero, y en cada palabra las ramas se acercaban y cada hoja se estremecía de emoción al oír la voz del narrador, y cuando el cuento terminó, los pájaros posados en cada rama, trinaron de alegría.

Anónimo.

Cuando vemos el trascendental acto de ver crecer un árbol y más aún, de ser quien lo plantó, descubrimos un misterio único de la vida. Al abrir el agujero e instalar el brote, rama, vástago o la semilla, nos convertimos en testigos del renacer, nos convertimos en sembradores de un hecho del cual en ocasiones desconocemos sus implicancias.

El árbol crece en forma y vigor, se estira hacia el ancho cielo y brota con sublimes formas que le dan su belleza y su esplendor. Bajo la oscuridad de la tierra va creciendo y expandiendo la raíz, parte esencial sin la cual el árbol no podría vivir, ni sobrevivir al viento o al hacha del infame.

Todo procede de la raíz, primera vida que germina en la oscuridad y humedad creadora del todo. Sin duda, un árbol sin raíz sería derribado por un soplo sin mayor esfuerzo. ¿Qué sería entonces de un mundo sin raíz, sin origen, procedencia, conexión o referencia? ¿Sólo un lugar oscuro y frágil?

Cuando hablo de un árbol y su raíz, pretendo buscar un origen de las cosas existentes, un referente a seguir. No es una forma caprichosa de establecer un modelo, sino más bien, de comprender que podemos construir bajo las pistas, vestigios o huellas que el tiempo y su paso han dejado. Hablo de encontrar sentido en lo que hubo, para sentir lo que hay y vislumbrar lo que puede haber.

En la búsqueda de una raíz, de un referente para la tradición oral en Chile intento orientar mi rumbo viendo a la distancia las hojas de un árbol. Cada vez que me acerco diviso las ramas, luego frente al árbol observo y palpo su troco, liso o rugoso y el sentido de mi vista solo llega hasta allí. No obstante, si cierro mis ojos y continuo junto al árbol, puedo ver que hay algo más profundo, algo que no es fácil de ver a primeras, algo que se enrosca, se adhiere, se afirma, se conecta, y por fin, mi mente ve la raíz.

Cuando comencé a transitar por el mágico camino de los cuentos, efectivamente lo primero que vi fueron hojas, hojas de un libro que me mostro cuentos encerrados en la escritura, cuentos, historias, fabulas, mitos y leyendas olvidadas, relatos dormidos que buscaban un oído y una boca donde despertar. Afortunadamente la encontraron, pero estos cuentos necesitaban más que un buen oído y una buena boca, necesitaban de alguien que los supiera despertar, es así como buscando de rama en rama, se llega a comprender la naturaleza de un arte tan milenario, como los mismos árboles, palpando,

observando, sintiendo el pulso de cada historia, la conexión con su pasado y, en particular, con quienes tuvieron la misión de portarlos y narrarlos.

Si preguntáramos en cualquier lugar sobre los referentes de la narración oral en Chile, refiriéndonos a narradores orales del pasado, evidenciaríamos de inmediato que no existe una respuesta fácil de entregar o definitivamente muchos no sabrían qué decir. La narración oral como manifestación artística tiene tan solo algunas décadas en nuestro país, y lamentablemente no ha tenido el tratamiento adecuado en su estudio e investigación, por lo cual, y entre muchas cosas, no ha sido oficialmente reconocida como una expresión artística por parte de escuelas, academias o estudiosos del arte.

Diversos factores sociales como los procesos de migración de zonas rurales a zonas urbanas, el avance tecnológico y el desarrollo de nuevos medios de comunicación, contribuyeron a silenciar la tradición oral de contarse historias y poco a poco esta práctica fue perdiendo presencia y replegándose a espacios íntimos invisibilizados. Sin embargo, y en aparente manto de olvido, esta tradición siguió viviendo en las voces de personajes anónimos: campesinos, arrieros, pastores, lavanderas, cocineras, parteras, agricultores, comerciantes y tantos otros que quizás sin saber continuaron transmitiendo las variadas formas de la oralidad (cuentos, mitos y leyendas, canciones, adivinanzas, dichos y refranes...) como una forma natural de vivir ese imaginario colectivo, un patrimonio cultural inmaterial frágil pero de una importancia fundamental.

Pablo Neruda decía muy bien que para encontrar los poetas populares, los frutos de la tradición y a sus cultores, solo basta escarbar en los surcos escondidos de la tierra, ahí los podremos encontrar. Y sin duda no se equivocaba, pues, es en ese medio rural donde podemos hallar la huella de los narradores orales del pasado, es ahí donde la raíz del árbol de los cuentos sigue viva, es ahí donde encontraremos nuestros referentes, ahí donde la pureza de la narración oral se manifiesta en la palabra certera, en el gesto evocador, en la postura humilde y anclada de algún campesino o campesina de mirada profunda y de memoria privilegiada.

Los referentes culturales de la narración oral, son universales. Basta sólo con indagar en las culturas del mundo para encontrar a los hombres y mujeres que narraron cuentos en el pasado, para entender que esta práctica ha existido desde el albor de los tiempos, constituyéndose en una práctica tradicional propia de los pueblos del mundo. Bardos, escaldo, aedos, juglares, tinkers, griots, palabreros, son sin duda los referentes culturales que cultivaron la tradición de narrar historias y permitieron preservar los mitos fundamentales de la humanidad, brindando un espacio sagrado para la palabra y el imaginario simbólico de los pueblos.

Nuestra cultura chilena, no está exenta de estos referentes. Nuestros pueblos originarios supieron desde siempre cultivar su saber por transmisión oral, lo que permitió

preservar sus conocimientos y costumbres y especialmente sus relatos. Sin ir más lejos, el pueblo mapuche conserva sus mitos y cuentos fundadores en la voz de los *Epewtufes*¹ narradores tradicionales que portan en su memoria los *Epew* y los *Epian*, relatos ancestrales transmitidos en torno al calor del fogón, en ese espacio circular de la ruka, al que congrega uno de los elementos primordiales y compañero de la palabra, el fuego.

Cabe señalar que el año 2010 el Consejo de la Cultura y las Artes, reconoció a la señora Paula Painén de 85 años, como Tesoro Humano Vivo, por su labor de narradora de relatos mapuches y portadora de un amplio repertorio que trasmite en su comunidad y a las nuevas generaciones en espacios educativos en la Araucanía, *“En la provincia de Cautín, son alrededor de diez los cultores y cultoras que practican el oficio de narrar cuentos, y entre ellos una de las más activas en la trasmisión de esta práctica ancestral es la señora Paula Painén, que registra la mayor cantidad de relatos en su memoria (alrededor de cincuenta), además se distingue por ser la única que puede narrar también en mapuzungun la lengua del pueblo mapuche”*.

Del mismo modo el año 2016, don Belisario Piña Pardo, narrador tradicional campesino o denominado *Mentiroso*, fue destacado también como Tesoro Humano Vivo por su labor como cultor narrador de mentiras y cuentos picarescos. Don Belisario Piña, registra también en su memoria un amplio repertorio de relatos, fiel reflejo del saber campesino y la picardía popular. A sus 79 años, continúa narrando en diversos espacios con una gracia sorprendente y una calidad expresiva admirable, que cautiva y logra proyectar en quienes lo escuchan. Bien puede venir a constituir entonces, otro referente cultural de la tradición oral, una de las tantas raíces de este árbol de los cuentos, que nos permite aprender y proyectar esta práctica milenaria.

Con dichos referentes culturales, entendemos que la tradición oral en Chile, no se ha forjado solo con la voz de los pueblos originarios, sino que también por el pueblo campesino, herederos de aquellos conquistadores que llegaron a estas tierras portando sus cuentos, sus historias, su imaginario. Este patrimonio inmaterial traído desde lejanas tierras se impregnó de los colores y aromas de la madre tierra que los cobijó y con el fuego convocador se fueron transformando y mezclando en una alquimia simbólica que instala un imaginario compartido, un sincretismo cultural propio, divulgado de generación en generación por hombres y mujeres a lo largo y ancho del territorio.

Por tanto, el mestizaje que asumimos se manifiesta también en nuestra oralidad y encuentra tierra fértil en los campos, en las costas, en los valles y cordilleras y en todo asentamiento humano donde la palabra congrega y se recrea constantemente en la voz de los narradores orales.

Ahora bien, analizada ya la importancia de las raíces como base fundamental para desarrollar y recrear una práctica tradicional como la narración oral, paso a abordar en la imagen del tronco, del árbol de los cuentos, la dimensión escénica que en la actualidad se le ha otorgado a la práctica de contar historias. Como toda disciplina artística, comprendo en la narración oral un ámbito estético presente en la palabra, en las figuras retóricas del lenguaje, propias tanto del relato oral como del escrito y por supuesto en el vehículo gestual, el cuerpo del narrador o narradora oral.

Si bien el narrador puede usar todo su cuerpo en servicio del cuento, no es coincidencia que la zona corporal más usada en el acto de contar, sea el tronco; su torso, espalda, pechos, hombros, brazos, manos, cabeza, rostro y mirada. El movimiento al cual se somete el cuerpo del narrador habla por sí solo y proyecta imágenes que van complementando la palabra y el contenido profundo del relato bajo una intensión escénica fundamentada. Tomar conciencia de estos elementos diferenciadores permite bajo mi punto de vista identificar las particularidades de una técnica, de un saber hacer distinto a otras disciplinas artísticas, como el teatro, la danza o el circo.

Del mismo modo, la construcción de un repertorio personal, nutrido por la infinidad de historias procedentes de diversas fuentes culturales, constituye otro elemento relevante a señalar. Al momento de contar, el narrador genera una conexión con el simbólico del relato, *un anclaje cultural* que le confiere la autoridad para contar tal o cual historia con propiedad, generando un instante único, un triángulo mágico donde viven solamente el narrador, el cuento y sus oyentes.

Seguramente, son muchos más los elementos que conforman este tronco digno de analizar, por eso, y en razón del tiempo y espacio permitido, dejaré reposar futuras reflexiones al respecto para pasar ligeramente a observar las ramas del árbol de los cuentos, donde mencionaré ligeramente la dimensión funcional de la narración oral, para referirme a todos los usos que en la actualidad se le ha dado al cuento y al acto de narrar oralmente.

Desde hace mucho tiempo que el cuento se ha convertido en un objeto de estudio constante para diversos especialistas. Antropólogos, folcloristas, pedagogos, lingüistas, psicólogos, psiquiatras, terapeutas y mediadores de la lectura han generado múltiples escenarios para el cuento, contribuyendo de algún modo a su vigencia, ya que descubrieron en ellos un potencial único, lleno de contenidos profundos en los cuales sumergir su interés.

En la actualidad varios centros de salud han permitido el paso a los cuentos a través de voluntarios que leen o narran historias para niños y niñas hospitalizados, terapeutas integran dinámicas de narración oral para indagar en pacientes y aliviar sus dolencias psíquicas, profesores y educadoras entregando contenidos transversales en sus

espacios educativos, mediadores de la lectura leyendo o narrando historias para sensibilizar y despertar el amor por los libros y por leer. Sin duda, son innumerables las posibilidades que los cuentos y el hecho de narrarlos ha despertado en los últimos años, un fenómeno digno a estudiar para el progreso y contribución de nuestra humanidad.

Para concluir solo me queda reflexionar, sobre el terreno donde está plantado hoy el árbol de los cuentos, y entre luz y sombra, puedo decir que es un terreno adolorido, agotado y árido por el descuido de una sociedad que no ha sabido valorar y cuidar lo que tiene, una sociedad que muchas veces ha despreciado su cultura por focalizar su atención en banalidades, en una cultura del consumo y lo desechable. Sin embargo en este terreno, guardo la esperanza que me evoca el tierno brote de una hoja y pienso en que somos las nuevas generaciones de narradores y narradores orales los responsables de cuidar del árbol de los cuentos, de regar su raíz, de guiar su tronco, ramas y hojas, para que aún hoy, y en el futuro podamos gozar de la belleza de este árbol, de sus frutos y de su sombra.

1. *Epewtufe* proviene de *epew* (cuento), *tu* (aquel que realiza) y *fe* (oficio o profesión).

Bibliografía

- Consejo Nacional de la Cultura y la Artes, Gobierno de Chile (2012). TESOROS HUMANOS VIVOS. Santiago, Publicaciones Cultura.